

ralezas inteligentes, completa la perfección del universo, haciéndole por ellas participante de la vida divina. Desde las alturas de este misterio debemos considerar la obra de Dios, si queremos conocer completamente sus verdaderas perfecciones, su armonía y su belleza. ¡Desgraciados los que por sistema descartan de la naturaleza el elemento sobrenatural, y creen que el ojo de la ciencia es bastante grande y bastante profundo para abarcar de una sola mirada el vasto conjunto de los seres, y penetrar todos sus secretos! Su orgullo será castigado en el terrible cumplimiento de este oráculo divino: «El mundo fué entregado á sus discusiones, sin que puedan descubrir ni el origen ni el fin de la obra divina» (1). Mas ¡ay! que está ya cumplido. Se han lanzado con ciego furor sobre la naturaleza, pero cuanto más la atormentan con sus investigaciones, tanto más les oculta sus verdaderas grandezas. Ni los seres cuya existencia, ignorada hasta ahora, descubren cada día, ni las fuerzas misteriosas cuya acción ven comprobada por todas partes, ni las leyes maravillosas que sorprenden en sus misterios, nada de esto los ilumina. Creen poseer el mundo, pero en realidad nada saben todavía, puesto que no se aprovechan de lo que saben sino para oscurecer la luz, y envilecerse á sí mismos: *Tradidit mundum ut non inveniat homo*. No imitéis, señores, á estos insensatos, sino valeos de sus trabajos para gozar mejor, mediante la fe, de la gloriosa síntesis cuyos elementos han preparado sin saberlo. Referid noble y resueltamente los seres y sus leyes, los reinos y sus armonías, á esta gran verdad católica que ilustra toda la creación: «El Padre Omnipotente, Criador del cielo y de la tierra, ha comunicado su propia vida á la obra de sus manos; el mundo, ennoblecido y transformado por la gracia, es, en todo el rigor de la palabra, una obra divina.»

(1) *Mundum tradidit disputationi eorum ut non inveniat homo opus quod operatus est Deus ab initio usque ad finem. (Eccles., III, 11.)*

## ÍNDICE

### DE LOS PRINCIPALES ERRORES CONTRARIOS Á LOS DOGMAS

#### EXPUESTOS EN ESTE TOMO

#### I.—CONFERENCIA XIII.—(Véase la primera parte: *Transformismo*.)

El naturalista inglés C. Darwin, si bien ha tenido precursores de significación entre los sabios franceses, puede y debe ser considerado como el verdadero autor del *Transformismo*, que también se denomina, de su nombre, *Darwinismo*. Por la concienzuda perseverancia de sus observaciones ha elevado á la categoría de sistema una idea científica, hasta ahora mal definida. Ha excitado el conjunto de leyes que hemos expuesto en el texto; conjunto que atestigua los esfuerzos de un espíritu que desea vivamente salir de la hipótesis para entrar en el dominio de los hechos averiguados.

Gran número de sabios ingleses, alemanes, franceses, se han adherido al darwinismo y lo han llevado hasta sus consecuencias extremas. Unos deducen de los principios *transformistas* el autogénesis del mundo; otros se contentan con sacar el origen bestial del hombre.

¿Ha previsto é intentado Darwin estas consecuencias? Los críticos no están acordes sobre este punto. Antores graves hay que no ven en Carlos Darwin sino un naturalista diligente, sagaz y constante; un pensador original, penetrante, algunas veces justo en sus apreciaciones, y muchas demasiado ardiente, preocupado exclusivamente de una idea seductora, y, hasta cierto punto, plausible, sin soñar siquiera en las consecuencias detestables que pueden deducirse de esta idea.

En su tratado de *El origen de las especies* admite la acción del Criador comunicando en la aurora de la vida al primer tipo la fuerza de ascensión que debía producir todas las especies. «Más

circunspecto que Lamarck, dice Bitchner, no ha examinado si su teoría era aplicable al hombre, y hasta qué punto. El abate Reusch, en su libro *La Biblia y la naturaleza* (2.ª edición), declara que no se asocia á las quejas de los que señalan la teoría de Darwin como una nueva tentativa para destruir, mediante las ciencias naturales, la autoridad de la Biblia. En la misma teoría no ve nada perjudicial á los libros santos, y en la manera como es expuesta por Darwin, halla pocas cosas reprehensibles.

M. de Quatrefages afirma que «la creencia casi general que atribuye al naturalista inglés la opinión de Lamarck, á saber, que el mono es nuestro ascendiente, es de todo punto errónea; el sabio inglés no ha dicho tal cosa, y, además, esta manera de presentar la cuestión es incompatible con su doctrina; ésta conduce sin duda alguna á empalmar nuestro propio origen en el árbol de la vida general, pero también aísla forzosamente, en virtud de la ley de la *caracterización permanente*, la rama humana del brazo, representado por los diversos grupos de monos.... En realidad, el naturalista inglés no ha entrado en la cuestión del origen del hombre; apenas se hallan en sus escritos dos ó tres alusiones hasta indirectas, y hechas de paso, á la posibilidad de aplicar esas ideas generales á este problema especial.»

Podría aún citar otros testimonios que excusan á Darwin de las groseras afirmaciones de sus discípulos; pero estos testimonios son anteriores á las obras recientes del naturalista inglés, entre otras la que lleva por título: *The descent of man: El origen del hombre*. Después de la publicación de esta obra, no es posible, en sentir de varios críticos, negar la responsabilidad de Darwin en las consecuencias sacadas de su sistema. Había confesado la intervención primordial de un acto creador, y respondiendo á estas preguntas: ¿De dónde procede la materia? ¿Quién ha creado los primeros tipos? ¿Quién les ha comunicado la fuerza transformadora? su primera palabra había sido: Dios. Pero apenas, dice el abate Bougang, reclamaron todos sus amigos, cuando algunos de los más avisados dieron á entender en buenas formas que, hablando así el maestro, no usaba de un lenguaje franco y sincero; que no ponía esa palabra al frente de su libro sino para no alarmar demasiado al público, y con la intención de retirarla más tarde; y cuando otros le probaron que esa inscripción del nombre de Dios quitaba á su sistema toda originalidad, y que, además, era una

contradicción; porque si se admite que el Criador ha intervenido en la producción de un tipo primitivo, pudo muy bien intervenir en la producción de todas las especies, M. Darwin ha guardado silencio; y la corta frase incidental que indicaba en la primera edición, que el tipo primitivo había recibido la vida del Criador, ha sido suprimida en la segunda. Hay más: los discípulos más autorizados de Darwin, al declarar que el maestro disimulaba, estaban bien informados. Bitchner se categorizó que Darwin, al hablar del Criador, se proponía sólo halagar las creencias bíblicas de sus conciudadanos, por más que esto fuese en detrimento de la verdad. ¿No es extraño que Darwin, lejos de hacer la menor protesta respecto de una aserción tan injuriosa, ponga en el primer rango de sus discípulos á los que se valen de su doctrina para apoyar el ateísmo ó el panteísmo? En su *Introducción al origen del hombre*, el autor declara que si no había explicado todavía sus ideas respecto del hombre, había sido efectivamente cuestión de táctica y por no chocar con la opinión dominante. Así es que en los dos volúmenes de esta última obra no hace más que aplicar los principios expuestos en *El origen de las especies*.

«El hombre, dice, tocante al modo de su aparición sobre la tierra, debe entrar en una misma fórmula general con los demás seres organizados. Y más adelante: «El que no quiere asemejarse al salvaje en no conectar los fenómenos de la naturaleza, no puede creer en adelante que el hombre sea el efecto de un acto particular de la creación.» ¿De dónde procede, pues? «Apenas queda género de duda de que el hombre es un vástago de la rama de los monos del antiguo continente, y de que, bajo el punto genealógico, debe ser colocado con la división de los monos del antiguo mundo.» Si se admite que los monos antropomorfos forman un subgrupo natural, entonces, como el hombre se asemeja á ellos, no sólo por todos los caracteres que tiene comunes con todo el grupo de los monos del antiguo mundo, sino también por otros caracteres particulares, como son la ausencia de cola y de las callosidades, y por su aspecto general, podremos concluir que algún miembro antiguo del subgrupo de los antropomorfos ha dado origen al hombre. Los monos del antiguo y nuevo mundo se asemejan por una multitud de caracteres; lo cual procede de que pertenecen evidentemente á un mismo orden. Los muchos caracteres que tienen comunes, es

muy difícil que hayan sido adquiridos de una manera independiente por un número de especies distintas: luego es necesario que los hayan adquirido por herencia. Mas una forma antigua que poseyese muchos de los caracteres comunes á los monos del antiguo y nuevo mundo, y otros caracteres intermedios, y áun acaso algunos distintos de los que actualmente se encuentran en cualquiera de los grupos, hubiera sido indudablemente colocada entre los monos, si fuera sometida al examen por algún naturalista. Y como desde el punto de vista genealógico el hombre pertenece al grupo de los monos del antiguo mundo, debemos concluir, por más chocante que pueda parecer esta consecuencia para nuestro orgullo, que nuestros progenitores primitivos habrían sido exactamente designados como verdaderos monos.

Estas palabras del naturalista inglés quitan toda duda sobre su opinión. No sólo ha visto las consecuencias de sus principios, sino que las ha sacado él mismo. Sometemos al juicio del lector estas apreciaciones diversas de los críticos: que sentencie él mismo sobre estas dos preguntas: ¿Darwin es un sabio concienzudo, ocupado únicamente en hacer que prevalezca una idea cuyas funestas consecuencias no alcanza? ¿O es más bien un cohardé é hipócrita que prepara ocultamente la invasión del ateísmo y del materialismo en la ciencia?

Cl. *Revista de los cursos científicos, 6 de Agosto de 1870.*—Darwin en la Academia de Ciencias.

De Quatrefages: *C. Darwin y sus precursores franceses.*

*Estudio sobre el transformismo.*

Büchner: *El hombre según la ciencia.*

El abate Reusch: *La Biblia y la naturaleza.*

El abate Bougaud: *El Cristianismo y los tiempos presentes*, (Prólogo.)

El abate Lecomte: *El Darwinismo y el origen del hombre.*

2.º (Véase *Ibidem.*)

He dicho más arriba que cierto número de sabios sacaban de los principios del darwinismo el autogénesis del mundo. He aquí un resumen de sus lucubraciones sobre este punto: está tomado de un periódico de Cincinnati. Es el capítulo segundo de un libro que podrá tener por título: *La Biblia de lo porvenir.*

## GENÉSIS.—CAPÍTULO II

1.º En el principio, lo incognoscible se movió sobre el cosmos y desarrolló el protoplasma.

2.º Y el protoplasma era inorgánico, y estaba neutralizado, y contenía todas las cosas en estado de energía virtual; y un espíritu de evolución se movió sobre la masa fluida.

3.º Y lo incognoscible dijo: Que se rennan los átomos; y su contacto produjo la luz, el calor y la electricidad.

4.º Y lo absoluto (*uncondicioneté*) distribuyó los átomos cada uno según su especie, y sus combinaciones produjeron las rocas, el aire y el agua.

5.º Y salió de lo absoluto un espíritu de evolución que obrando sobre el protoplasma, produjo por vía de acrecentamiento y absorción, la célula orgánica.

6.º Y con el auxilio de la nutrición, la célula desarrolló el germen primordial, y el germen desarrolló el protógeno, y el protógeno produjo el coozon, y el coozon produjo la mónada, y la mónada produjo el animalculo.

7.º Y el animalculo produjo lo efimero; entonces las cosas rastreas empezaron á multiplicarse sobre la faz de la tierra.

8.º Y cada átomo terrestre produjo la molécula en el protoplasma vegetal, y de aquí procedieron todas las hierbas de la tierra.

9.º Y el animalculo desarrolló en el agua las nadaderas, las colas, las uñas, y en el aire las alas y los picos; y sobre la tierra los órganos necesarios para resistir á lo ceresano.

10. Y por vía de acrecentamiento y de absorción, procedieron los radiados y los moluscos, y los moluscos produjeron los articulados, y los articulados produjeron los vertebrados.

11. Tal es la generación de los vertebrados, los más perfectos en este período cósmico, en que lo incognoscible desarrolla los mamíferos bípedos.

12. Y el hombre de la tierra era entonces un mono, y el caballo era un hiparión, y el hiparión un oreón.

13. De la ascidia procedieron los anfibios que produjeron los pentadáctilos; y por vía de herencia y selección, éstos produjeron los hilobatos, de los que han salido los semidácos con todas sus tribus.

14. Y entre los semiádocos, el lemur se elevó sobre sus aïnes, y produjo el mono platinino.

15. Y el platinino engendró al catarrin, y el catarrin engendró al mono antropoideo, y el antropoideo engendró al orangután de manos largas, y el orangután engendró al chimpancé, y el chimpancé se convirtió en *qué es esto?*

16. Y el *qué es esto*, se trasladó á la tierra del Norte, y tomó una hembra del gibbon de manos largas.

17. Y en la sucesión del período cósmico nacieron de ellos y de sus hijos los tipos primordiales antropomorfos.

18. El homúnculo, el prognato, el triglódites, el autótono, el terrígeno: tales son las generaciones del hombre primitivo.

19. Y el hombre primitivo estaba desnudo, y no se avergonzaba de su desnudez, y vivía en la inocencia enadrumanesca, y luchaba enérgicamente por armonizarse con lo que le rodeaba.

20. Y por vía de herencia y selección natural, progresó desde lo estable y homogéneo hasta lo complejo y lo heterogéneo: pues los más débiles murieron, y los más fuertes crecieron y se multiplicaron.

21. Y el hombre creció una pulgada, y sus facultades se desarrollaron para apoderarse de la presa.

22. Los hombres más ágiles cogieron los más de los animales, y los animales más ágiles se escaparon del hombre; por esto los animales de movimiento lento fueron comidos, y los hombres de movimiento lento murieron de hambre.

23. Y como los tipos fueron separándose, los más débiles desaparecieron continuamente.

24. Y la tierra se llenó de violencias; el hombre luchó contra el hombre, la tribu contra la tribu, los más débiles y menos inteligentes fueron muertos, y los más dignos quedaron asegurados en la posesión de la vida.

El periódico de donde tomamos este capítulo pone á continuación las observaciones siguientes, que todo hombre sensato aprobará: «Pedimos perdón á nuestros lectores por haber traducido esta jerigonza abominable y sacrilega, si ya no fuese un bien sacar á luz tales producciones para inspirar mayor horror y mayor desprecio á los pretendidos sabios que se refugian en sus ineptias para huir de Dios.» (Véase *L'Univers*, martes 16 de Febrero de 1875.)

## II.—CONFERENCIA XV.—1.º (Véase primera parte: *Existencia de los ángeles.*)

Los saduceos negaban la vida futura, y pretendían que el hombre no debe esperar recompensa ni temer castigo fuera de esta vida. Llegaron hasta á negar la existencia del alma humana y de todo espíritu creado. Su error está expresado en los *Actos de los Apóstoles* (xxv, 8), en estos términos: *Sadducei, enim, dicunt non esse resurrectionem, neque angelum, neque spiritum.*

2.º (Véase segunda parte: *Naturaleza de los ángeles.*)

Avicibrón, filósofo árabe, citado por los escolásticos del siglo XIII como autor de una obra intítulada: *Origen de la vida (Fons vita)* no es otro, según M. Munch, que el judío español *Salomon ben Gabirol*. Este filósofo enseñaba que las sustancias separadas estaban compuestas de materia y forma. La razón principal que alegaba de su aserto, era que las formas puras no podían ser distintas las unas de las otras, siendo la materia el principio único de distinción en los seres creados. Santo Tomás lo refutó en los capítulos vii y viii de su opúsculo *De Angelis*. El Santo Doctor llama frívola la dificultad tomada de la distinción de las formas puras. «Esta distinción, dice, puede tener lugar sin necesidad de recurrir á la composición. Basta para ella considerar en las formas, tanto materiales como inmateriales, la razón propia de su especie, que las pone en tal ó cual grado de perfección.» *In formis tam materialibus quam a materia separatis una est perfectio aia... in quantum propria ratio speciei in tali gradu perfectionis consistit.*

Varios Padres de los primeros siglos de la Iglesia han creído que los ángeles tenían un cuerpo más sutil que el aire y que el fuego.

San Justino, en su *Diálogo con Trifón*, llega á decir que los ángeles se alimentan de un manjar celestial, especie de maná que llama *pan de los ángeles*. En su primera apología pretende que los ángeles que gobiernan al mundo inferior tuvieron comercio con las hijas de los hombres, de las cuales engendraron á los demonios!

Sin ir tan lejos, muchos Doctores de la primitiva Iglesia afirman que sólo Dios es espíritu puro, y que todo ente creado está más ó menos unido á la materia.

Orígenes, Atenágoras, Clemente de Alejandría, son de este

parecer; San Cirilo dice expresamente que sólo Dios es *asomatos*, sin cuerpo.

San Basilio parece haber sostenido las dos opiniones.

Entre los Padres latinos, se citan á Tertuliano, San Hilario, San Ambrosio y San Agustín.

Contra este parecer, un gran número de Padres griegos y latinos, de una autoridad considerable, como San Dionisio, San Gregorio Taumaturgo, San Gregorio Niseno, San Gregorio Nazianceno, San Juan Crisóstomo, San Juan Climaco y San Juan Damasceno, etc..., enseñan que los ángeles son *asomatoi*, incorpóreos, fuerzas, *espíritus*, inteligencias, *nous*, seres simples, *aploí*, sin materia, *auloi*.

Filón, representante de la tradición judaica, Moisés Maimónides, representante de la tradición rabínica, afirman que los ángeles son sustancias separadas.

Esta opinión es indudablemente la más conforme con la autoridad de la Sagrada Escritura, que llama á los ángeles espíritus, por contraposición á los seres materiales. La Iglesia, enseñando que Dios es Creador de las naturalezas material, espiritual, y mixta ó humana, indica bastante claramente, en nuestro sentir, que los ángeles son espíritus puros, porque si tuviesen un cuerpo tan sutil como se quiera, ¿en qué se distinguirían de la naturaleza mixta? La simplicidad de los ángeles, hoy día, es universalmente admitida por los teólogos, que califican la opinión contraria de *heresi proximam*, próxima á herejía.

Cf. Petav.: *Dogmat. Theolog., De Angelis*, lib. I, caps. III y IV.

### III.—CONFERENCIA XVI.—(Véase primera parte: *Transformismo*.)

Hemos dejado al juicio de nuestros lectores esta cuestión: Darwin, autor del *Transformismo*, ¿ha previsto y ha intentado las consecuencias de su sistema?

Como quiera que se responda, es indudable que estas consecuencias se han sacado ya. Nadie ha llegado á esta necesidad lógica con más resolución que el doctor alemán Luis Büchner.

En su obra intitulada *Fuerza y Materia*, afirma redondamente la existencia eterna é infinita de la materia, y suprime despiadadamente toda otra causa primera. En su obra más reciente, *El hombre según la ciencia*, trata de explicar estas tres

cuestiones: «¿De quién procedemos? ¿Quiénes somos? ¿Adónde vamos?»

A la primera cuestión, nosotros respondemos con el conde de Salles: «El hombre, hecho por Dios, era, cuando salió de las manos del Criador, una obra perfecta, compuesta de espíritu y cuerpo. Por grande que sea la degradación momentánea de muchos hombres, la civilización es su término, como ha sido su estado original.»

M. Büchner no piensa así: el origen del hombre se pierde para él en la impenetrable noche de los tiempos; nuestra civilización resulta simplemente de un lento y trabajoso desarrollo, de una ascensión realizada por el hombre solo, de grado en grado, de conocimiento en conocimiento, partiendo desde el estado grosero, *bestial*, á través de duraciones de tiempo tan enormes, que en su comparación nuestra existencia individual se parece al relámpago.

A la cuestión segunda, respondemos con la filosofía: «El hombre es un animal dotado de un alma inteligente y libre, tan distinto de todas las otras especies animales, que en ningún caso puede confundirse con ellas.»

Según Büchner, el hombre es un organismo perfeccionado, un puro y simple animal, ligado y emparentado, por todos los puntos de su conformación, con el mundo orgánico que le rodea, que atestigua por las semejanzas de su cuerpo con el mono, que descendiendo de este imperfecto antepasado.

A la cuestión tercera, nosotros respondemos: «El hombre se ordena á la bienaventuranza eterna en la posesión de Dios, mediante el conocimiento de la verdad y la práctica de la virtud.» Según Büchner, el hombre es inmortal é indestructible, como todo lo que existe; porque la materia no perece jamás. Así como es imposible que un átomo, es decir, la parte más pequeña imaginable de materia, desaparezca y se aniquile en la vida general de la naturaleza, así lo es igualmente que el más insignificante acto ó el menor pensamiento de un hombre, se aniquile ó se pierda en la gran vida de la humanidad. En la muerte no quedamos anonadados, sino que perdemos la conciencia personal, la forma accidental que nuestro sér, eterno é imperecedero en sí, había revestido por breve tiempo; mas nosotros continuamos viviendo en la naturaleza, en nuestra especie, en nuestros hijos, en nuestra descendencia, en nuestros actos, en nuestros pensa-

mientos, en una palabra, en toda la participación material y física que habíamos tomado, durante nuestra corta existencia personal, en las funciones persistentes de la humanidad y del universo. ¿Y qué se necesita para llegar á este feliz resultado? Libertad, instrucción y bienestar para todos.

2.º (Véase *Ibidem*.)

El *Transformismo* ha llegado á seducir algunos espíritus cristianos, que han creído poder conciliarlo con las tradiciones bíblicas, y con la lógica, eliminando las imposibilidades á que conduce, si se admite que las facultades intelectuales del hombre son el resultado de la transformación lenta de las facultades psíquicas de los animales.

Un sabio naturalista inglés, M. Mivart, comentando ciertos pasajes de San Agustín, de Santo Tomás y de Suárez, pretende que sus explicaciones sobre la creación en general pueden conciliarse muy bien con la hipótesis de la evolución de las especies orgánicas, y cree que se puede deducir de aquí la legitimidad de la aplicación del *transformismo*, no al origen del alma, sino al origen del cuerpo del primer hombre. Siendo el alma y el cuerpo de naturaleza diferente, es natural atribuirles diferencia de origen, pues dice la Escritura que formó Dios al hombre del cieno de la tierra. No es esto indicar de una manera terminante que el cuerpo del hombre no ha sido creado, en el sentido propio y absoluto de esta palabra, sino formado de la naturaleza preexistente, como lo expresa este término *del cieno de la tierra*, y, por consiguiente, creado sólo de una manera derivativa, es decir, por la operación de las causas segundas.

En esta hipótesis, Adán habría sido, antes de infundírselo el alma racional, un animal viviente y sensitivo, pero no un hombre. El animal antepasado del hombre habría presentado en un grado de perfección relativa los caracteres físicos de la raza humana; pero sobreviniendo el alma, habría ennoblecido esta forma preexistente, y habría hecho un tipo de armonía y de belleza sin igual en el mundo orgánico.

Nosotros respondemos á M. Mivart que la evolución del cuerpo del hombre á través del reino animal no es imposible en sí misma, pero es contraria á la Escritura, á las definiciones de la Iglesia y á la afirmación unánime de los teólogos, que llaman al hombre todo entero, tanto el cuerpo como el alma, la obra inmediata de la Divinidad.

Si el lector quiere leer lo que hemos dicho en el curso de la conferencia, verá que el texto del *Génesis*, el del Concilio de Letrán y el de Santo Tomás, que representan toda la Teología, son diametralmente opuestos á las hipótesis del *transformismo*.

Por lo demás, esta hipótesis, á pesar de los esfuerzos hechos por M. Mivart para hacerla ortodoxa, no resuelve todas las dificultades.

¿Cómo se explica el origen de la primera mujer por la evolución, admitiendo lo que nos refiere la Biblia, de que Dios formó de una costilla del hombre á la que debía ser su compañera?

Convenimos con el profesor Flower que la dignidad humana queda intacta, sea que el cuerpo del primer hombre haya sido formado del cieno de la tierra, sea que proceda de alguna forma animal preexistente; pero ya que no se apela al *transformismo* sino para evitar un milagro, nos parece que debía demostrárnos por qué combinación de las leyes de la naturaleza fué formado el grupo adámico. Pero esto no lo hacen ni pueden hacerlo los transformistas ortodoxos; porque una de dos: ó bien por sola la unión de un alma racional al cuerpo de un mono, éste ha perdido inmediatamente su piel velluda, la capacidad de su cráneo, aumentada como por encantamiento, recibió un cerebro doble ó triple de volumen, una frente llena de nobleza, imprimió instantáneamente en el rostro la señal de la inteligencia, las manos se convirtieron de improviso en ese admirable compás de cinco brazos, que supone ya todas las facultades de la geometría (lo que nadie admitirá en el terreno científico, si se descarta toda idea de milagro); ó bien el grupo animal, destinado á ser el tronco de la humanidad, ha sido una verdadera anomalía en la naturaleza viviente, si, reuniendo desde el punto de vista físico, todas las causas de inferioridad que caracterizan al hombre y le colocan en una situación de tal manera desventajosa en la lucha por la existencia, que sería necesariamente oprimido, no tuvo para suplir estas inferioridades los recursos de la inteligencia. En estas condiciones, la existencia del grupo parece imposible.

Por lo cual debemos concluir que la creación del hombre, tal como la refiere la Escritura, nos coloca simplemente fuera de las *leyes de la naturaleza*; por el contrario, la hipótesis que impugnamos es el *trastorno completo de esas mismas leyes*; es el milagro elevado á su última potencia.

He aquí por qué, para evitar el milagro del origen corporal del hombre, se ha inventado esa historia nueva de la creación de nuestra especie.

Historia nueva, en efecto, de que no se hallan en tradición alguna los elementos precursores.

Los antiguos pueblos han tenido diversas creencias sobre el origen del hombre. Según unos, ha sido sembrado por un Dios; según otros, ha nacido súbitamente de la tierra. Los babilonios atribuían su origen á la sangre de los dioses. Los indios cantan en sus oraciones á un Sér eterno, á quien llaman *padre del hombre*. En estas creencias se descubren algunos rastros de la narración bíblica; pero en ninguna parte encontramos la menor alusión hecha al animal antropomorfo que, según los transformistas, sería nuestro progenitor. Nos parece imposible que si el transformismo fuera un hecho, no hubiese dejado señales en la historia de los pueblos, y que no se hallen en tradición alguna indicios que nos pongan en condiciones de seguir las huellas de nuestro antepasado mono.

Cf. Mivart: *Origen de las especies*.

Evolución y sus consecuencias, en el *Contemporary Review*, Enero de 1872.

Cf. *El Darwinismo y el origen del hombre*, por el abate A. Leconte.

3.º (Véase *Ibidem*: *Naturaleza del alma*.)

1.º El error de los materialistas modernos sobre la naturaleza del alma no es una cosa nueva. He hecho notar en el curso de esta Conferencia que la escuela contemporánea no ha inventado nada; copia á Cabanis y á los psicologistas de su escuela, quienes á su vez han sido precedidos, en su afirmación materialista, por Diderot, D'Holbach, Helvecio, La Mettrie y otros filósofos del siglo XVIII.

En los siglos XV y XVI, una bula de León X anatematizaba Pompanacio, Vanini, Cardan, y á todos los que resucitaban la doctrina de las escuelas materialistas de la antigüedad.

Un gran número de filósofos antiguos no distinguían el alma del cuerpo, pues la hacían nacer y morir con él.

Según Anaxágoras, Anaximeno, Anaximandro y Archelao, el alma es un compuesto de partes muy sutiles del aire; Empédocles cree que es la sangre difundida alrededor del corazón; Demócrito, un compuesto de átomos ligeros y redondos; Protá-

goras de Abdera la confunde con los cinco sentidos; Epicarmo, la hace proceder del Sol; Epicuro no ve en ella más que una combinación de cuatro cosas: de fuego, de aire, de viento, y de otro cuarto principio sin nombre, y que él expresa por una fuerza sensitiva. Según Hipócrates, el alma es un espíritu difundido por todo el cuerpo; según Critolao es una quinta esencia compuesta de lo más sutil de los cuatro elementos. Podríamos citar todavía otros muchos testimonios que prueban cómo el error no ha aguardado al siglo XIX para tratar de envilecer la naturaleza humana.

2.º Otro error sobre la naturaleza del alma es el de los que la consideran como una porción de la Divinidad. Se encuentra en Egipto, en Etiopia, y Filostrato cree que les ha venido de la India. También se encuentra en algunos filósofos griegos, y ha sido renovado por Manes, Cerdón y Marción.

3.º Los brahmines de la India, según Mr. Ward, pretenden que el alma es una parte desprendida del alma universal. Pitágoras transportó á Grecia la doctrina de la India sobre el alma del mundo y sus emanaciones. Sin embargo los pitagóricos distinguían muy bien, á pesar de la emanación, el alma humana de la grande alma, mientras que otros filósofos confundían la parte con el todo.

En general, las opiniones filosóficas de la antigüedad sobre la naturaleza del alma se relacionan casi todas con alguna de las doce doctrinas cosmogónicas; el pantéismo, en particular, no podía admitir que el alma humana fuese un sér subsistente en sí mismo; pues debía ser ó una emanación directa de la Divinidad, ó la emanación de una emanación, pero siempre con subsistencia divina.

Sobre todos estos errores ha prevalecido siempre la doctrina del buen sentido en los escritos de los mejores filósofos y en las tradiciones populares.

Cf. Enciclopedia del siglo XIX, *Alma*.

Enciclopedia católica, *Alma*.

4.º (Véase segunda parte: *Unión del alma y del cuerpo. Dualismo platónico*.)

Apartándose del principio de la teología católica: *El alma es forma del cuerpo*, es imposible explicar su unión y sus mutuas relaciones, sin caer en algún error.

1.º Por eso Leibnitz con su sistema de la armonía preestabli-

es conducido, á pesar suyo, al fatalismo. Según este sistema, el cuerpo y el alma obran como dos relojes regulares, puestos en movimiento al mismo tiempo. Contra lo que nos dicta la experiencia, no podemos atribuir á nuestra voluntad los movimientos del cuerpo, que nos parece depender de ella, ni al cuerpo las sensaciones que experimentamos en él. «Todo es fijo y determinado en el hombre y fuera de él, dice el filósofo alemán, y el alma humana es una especie de autómatas espiritual.» (Leibnitz: *Ensayo sobre la teodicea.*) ¡Oh tiranía de los sistemas!

2.º Descartes ha inventado las causas ocasionales, y Malebranche ha perfeccionado este sistema comunicándole todos los encantos de su seductora imaginación. En este sistema, los actos del alma no son sino ocasiones á cuya continuación Dios excita ciertos movimientos en el cuerpo, y los movimientos del cuerpo no son más que ocasiones á continuación de las cuales Dios hace nacer en el alma las sensaciones, los pensamientos y las reacciones de la voluntad. Así, si el alma quiere mover el brazo, es ineficaz para ello; y Dios es el que mueve, en virtud de una ley eterna, nuestros miembros. Nada más complicado ni al mismo tiempo más ridículo que este sistema.

Si un soldado huye delante del enemigo, no es él quien huye, sino que el movimiento de su glándula pineal, agitada por la presencia del enemigo, determinó á Dios á cambiar la dirección de las piernas del soldado. Más claro: el soldado es quien teme, y Dios el que le pone en salvo. ¿No es esto degradar juntamente al hombre y á Dios? El hombre cuya libertad se destruye, «Dios á quien se supone obrando», dice Laromiguière (*Lecciones de Filosofía*, tomo II), como un relojero que habiendo construido un hermoso péndulo, se ve continuamente obligado á volver por sí mismo la aguja para hacerle señalar las horas. Un mecánico hábil monta desde el principio su máquina, la cual anda cierto tiempo por sí sola. Dios, al crear al hombre, ha dispuesto todas sus partes y todas sus facultades, de suerte que pudiesen ejercer sus funciones desde el nacimiento hasta la muerte.

3.º El *influjo físico*, esto es, la acción recíproca del alma y del cuerpo, uno sobre el otro, no explica suficientemente su unión; porque es inexacto decir que el alma obra sobre el cuerpo en que habita, como Dios, á cuya imagen fué creada, obra sobre la materia. Esto sería convertir al alma en un simple motor, y el alma es algo más que eso, pues da sér y vida al

cuerpo. Además, ¿cómo se explica la acción del cuerpo sobre el alma; si no se concede al cuerpo una vida independiente del alma, si no se supone que el cuerpo está animado por un alma inferior?

4.º El *mediador plástico* imaginado por Cudworth, encargado de mover el cuerpo á la menor señal del alma, y de excitar las sensaciones en el alma á la menor impresión recibida en el cuerpo, es un elemento enteramente inútil en la naturaleza humana. Si es espiritual, el alma no lo necesita; si es material, el cuerpo puede pasarse muy bien sin él. No resuelve ninguna dificultad, puesto que deja subsistente el profundo é inexplicable misterio de la acción de lo simple sobre lo divisible.

Cf. *Enciclopedia católica*; palabra *Alma* y *causa*.

5.º Véase *Ibídem*: *Multiplicación de las almas*.

Para explicar el origen del alma, enseña Orígenes en su *Petricon* que antes de la creación del mundo existía y gozaba de la bienaventuranza en el cielo; pero habiendo pecado, fué arrojado del lugar de delicias que habitaba, y condenada á hacer penitencia en la prisión del cuerpo.

Otros autores pretenden que el alma de cada hombre procede por vía de propagación ó de traducción, *ex traduce*, casi de la misma manera que una luz se propaga cuando se comunica.

La doctrina recibida en la Iglesia, que muchos llaman próxima á la fe, es la que afirma que las almas son creadas en el momento mismo en que son infundidas en el cuerpo, y de aquí aquel axioma: *Creando infunditur, infundendo creatur*.

Lo que ciertamente está definido, es que cada hombre posee un alma propia y distinta; el Concilio quinto de Letrán ha renovado la condenación hecha en el Concilio general de Viena, contra los que sostenían que no había sino una alma sola para todos los hombres. (Labbé: *Summa Conc.*, tomo XIV, col. 187.)

6.º (Véase *Ibídem*: *Unidad del alma*.)

Platón distingue en el alma tres partes, y por la manera de explicarse, da motivo á creer que las considera como tres almas diferentes. Santo Tomás lo refuta en la primera parte de su *Suma Teológica*, q. 76, art. 3.º

Los pitagóricos, que consideraban la inteligencia ó el alma racional como una parte de la divinidad, admitían también un alma sensitiva, compuesta de cuatro elementos, y que residía en la sangre.

Este error fué profesado por Apolinar, que distinguía en el hombre el alma racional de la sensitiva, y enseñaba que el Verbo había tomado la segunda y dejado la primera.

Pocio, habiendo adelantado en el sentido de una doble alma, algunas palabras que recordaban los errores de Apolinar, fué condenado por el octavo Concilio general, que se expresa así en su canon undécimo: «Hay algunos cristianos que han llegado á tal extremo de impiedad, que admiten dos almas en el hombre. Todos los que han inventado esta impiedad, contra lo que el Antiguo y Nuevo Testamento y todos los Padres de la Iglesia enseñan de cómo en el hombre no hay sino un alma, y ésta racional, sean anatema.»

Leemos en el libro de los dogmas eclesiásticos, cap. xv: «Nosotros no admitimos dos almas para cada hombre, como Jacobo y algunos otros siros, la una animal, que vivifica el cuerpo y se mezcla con la sangre; la otra espiritual, que discurre, sino afirmamos que en cada hombre no hay más que una sola alma que vivifica el cuerpo, uniéndose á él, y se dirige á sí misma por su razón.»

Cf. *Enciclopedia del siglo XIX*, palabra *Alma*.

Godin: *Filosofía*, IV p., q. 1.ª, art. 3.ª

7.º (Véase *Ibidem*: *Asiento del alma*.)

Herófilo ponía el alma en el centro del cerebro; Hipócrates, en el ventriculo izquierdo del corazón; Empédocles, en la sangre; Erasistrato, en la membrana que envuelve el cerebro; Epicuro, en el estómago; Estrabón, entre las dos cejas; Descartes, en la glándula pineal; ciertos fisiólogos, considerando que todo el sistema nervioso termina en el cerebro, lo señalan como el lugar donde el alma recibe todas las sensaciones, el trono de donde parten todas sus órdenes.

Nosotros creemos, con Aristóteles y Santo Tomás, que el alma está toda en todo el cuerpo y en cualquier parte de él; porque cada parte del cuerpo tiene su vida, de que el alma no tiene conciencia, y sobre la cual no recae las órdenes de la voluntad. El alma está donde está la vida, pues ella es la que vivifica. Sin duda que ciertas acciones del alma están localizadas en los órganos de que se sirven para obrar; pero esta localización no limita de tal manera el alma que no pueda estar toda entera, según su esencia, en cada molécula viviente del cuerpo.

#### IV.—CONFERENCIA XVIII.—1.º (Véase primera parte: *Necesidad de la gracia*.)

Muchos filósofos espiritualistas, tratando del fin del hombre, atribuyen á la naturaleza un elemento exclusivamente propio del orden sobrenatural. El hombre fué hecho, dicen, para la bienaventuranza perfecta, y no puede obtenerla sino por la visión intuitiva y por la posesión inmediata de Dios; partiendo de lo finito, es necesario naturalmente llegar á lo infinito. He aquí cómo se expresa sobre esta materia la filosofía moderna por boca de uno de sus doctores, M. Julio Simón, en su libro *De la Religión natural* (3.ª parte): «No habrá en el cielo ni muerte, ni lágrimas, ni dolores. Nuestro corazón, que ha amado tanto, y á taa diversos, á tan frágiles y á tan indignos objetos, no amará sino á Dios; y nuestro espíritu, que tanto se ha extraviado marchando por falsos caminos, desembarazado de todas las inutilidades y de todas sus quimeras, no pensará más que en Dios. Y nuestra voluntad y nuestra inteligencia, hallado su objeto propio y poseído plenamente y sin intermedio, nos llenarán de toda la felicidad de que es susceptible un sér finito... Pacificado todo nuestro sér y reconciliado consigo mismo, tenderá con todas sus fuerzas á la perfección absoluta, que es al mismo tiempo la verdad, la belleza y el bien; es decir, el triple y único ideal á que aspira desde este mundo, nuestro corazón, nuestro espíritu y nuestra voluntad. Tal es lo porvenir que la filosofía puede prometer al hombre, apoyada en inducciones infalibles...»

Nosotros resumimos todas nuestras esperanzas en estas palabras de Bossuet: *¿Cuál será aquella vida? Ver á Dios eternamente tal como es, y amarle sin poder jamás perderle...* Para quien conozca la naturaleza y las necesidades de la inteligencia y del amor, no hay cosa más exacta que esta grande y dulce palabra: «Ver á Dios cara á cara, y amarle con todo nuestro corazón por toda la eternidad.»

Hemos hecho justicia de las inducciones infalibles, de que habla Mr. Julio Simón, en nuestra *Introducción al dogma católico* (Tomo I, Conf. y), adonde remitimos al lector.

2.º (Véase *Ibidem*.)

Los pelagianos, cuyos errores exponemos más por extenso al

tratar de la gracia actual, no negaron siempre la existencia de la gracia habitual y santificante.

Cuando Pelagio empezó á dogmatizar, enseñaba que la naturaleza era en nosotros la raíz fecunda de toda virtud y de toda perfección, y no reconocía otra gracia más que el libre albedrío, dado por Dios gratuitamente.

Más tarde, sus discípulos admitieron la existencia de un dón espiritual é infuso que borra el pecado, perfecciona la naturaleza, renueva al hombre interior, lo regenera, lo justifica, lo santifica, lo consagra é incorpora á Jesucristo, lo llena de los dones del Espíritu Santo, lo hace hijo adoptivo de Dios, heredero de su reino, coheredero de Jesucristo; aunque no adquiere méritos por sus actos, puesto que concede este dón á los niños por el bautismo. Es cierto que los pelagianos no admitían la necesidad absoluta de esta gracia para salvarse, á lo menos para los niños, pues negaban obstinadamente la existencia del pecado original; es cierto que esta gracia no era para ellos la raíz esencial de los méritos, puesto que Dios la concedía á los adultos *según sus merecimientos*; pero no se les puede negar que habían templado su error. ¿Era por convicción, ó por habilidad? No queremos pronunciar sentencia sobre este punto; pero si afirmamos que es imposible leer los fragmentos tomados por San Agustín de los escritos pelagianos sin convencerse de que han reconocido una gracia habitual y santificante.

Cf. Goudin: *Tract. de grat. Dei*, q. 1.<sup>a</sup>, art. 1, § 3, conclusión 1.<sup>a</sup>

San Agustín, libros I y II, *Opera imperfecti*.

3.º (Véase segunda parte: *Naturaleza de la gracia*.)

Lutero y Calvino han pretendido que la gracia no era un dón interior de Dios, sino una denominación exterior en virtud de la cual Dios, en lugar de imputar al pecador sus faltas mientras que permanece en ellas, le imputa su justicia ó la de su Cristo. Esta imputación es como el manto que cubre todos los crímenes y permite á Dios amar al hombre, y considerarle como su amigo, su hijo, el heredero de su gloria, por más que sea el mayor criminal. He aquí la gracia santificante. El hombre reconoce igualmente que la posee cuando cree interiormente, y con una firme confianza, que Dios no quiere imputarle sus pecados, por

enormes que sean, y aun cuando el alma permanezca unida á ellos hasta el último suspiro.

Esta doctrina atroz, que permite todos los crímenes, prometiéndoles, no sólo la impunidad, sino la gloria, ha sido condenada por el Santo Concilio de Trento en estos términos: *Si quis dixerit homines justificari vel sola imputatione justitie Christi, vel sola remissione peccatorum, exclusa gratia, et charitate, que in cordibus eorum per Spiritum Sanctum diffunditur, atque illis inheret; aut etiam gratiam, qua justificamur, esse tantum favorem Dei, anathema sit.* (Sesión VI, can. 2.)